

pos de Aire, Auxerre, Meaux y Mácon: Felipe Cospéan, Francisco de Donnadiou, Juan de Vieux-Pont y Gaspar Dinot, así como el arzobispo de Embrún, Honorato du Laurens, que recorría a pie su diócesis montañosa y repartía todas sus rentas entre los pobres (1). Era asimismo un varón excelente Francisco de la Guesle, desde 1597 arzobispo de Tours, intrépido defensor de los derechos del clero contra el rey (2). En oposición al traslado de los obispos, antes tan frecuente, Pedro du Bair dió un hermoso ejemplo de desinterés, rehusando constantemente mudar su obispado de Venecia por otro más rico (3). El capuchino Leonardo de Trappes, desde 1597 obispo de Auch, fué el reformador de su diócesis y murió en opinión de santidad. A Bourges fué en 1603 Andrés Fremyot, cuyo padre se señaló en tiempo de la Liga por su fidelidad católica y cuya hermana fué esposa de Chantal (4). Luis de Vervins, desde 1600 arzobispo de Narbona, mostróse incansable en predicar y visitar su diócesis, cuyas iglesias y monasterios dotó generosamente (5). Los méritos que adquirió Ana d'Escars de Givry como obispo de Lisieux, galardonólos Clemente VIII en 1596 con la púrpura; el cardenal trabajó más tarde en Metz con igual celo por la reforma eclesiástica. Una actividad semejante desplegó el ardiente Francisco de Sourdis, admitido en 1598 en el Sacro Colegio (6). El desinteresado Ossat honrado con el cardenalato en compañía de Sourdis estuvo retenido casi constantemente en Roma por intereses más elevados, de manera que no pudo cuidar de su obispado de Rennes y más tarde del de Bayeux sino por representante. En cambio Du Perrón perteneció enteramente a Francia hasta su admisión en el supremo senado de la Iglesia en el año 1604; en 1596 fué nombrado obispo de Lisieux, donde se acreditó como reformador de su diócesis, no menos que por la incansable defensa de la verdad católica de palabra y por escrito contra los calvinistas (7).

(1) Cf. De Meaux, *Luttes relig.*, 379; Picot, I, 144, nota 1. Sobre Dinot, que tomó por modelo a San Carlos Borromeo, v. *Rev. de l'hist. de l'Église de France*, II (1911), 133 s.; Cimetier, *Les origines du séminaire de Mácon*, Macon, 1912.

(2) V. De Meaux, *Luttes relig.*, 380.

(3) V. *ibid.*

(4) V. *ibid.*

(5) V. Picot, I, 101.

(6) Cf. Ravenez, *Hist. du card. de Sourdis*, Bordeaux, 1867; Allain, *Les débuts du card. de Sourdis*, en el *Compte rendu* del Congreso de doctos católicos celebrado en Friburgo de Suiza, Friburgo, 1898.

(7) V. arriba, p. 163 s.

Clemente VIII luego después del restablecimiento de la paz en agosto de 1598 se había dirigido a todo el episcopado francés, exhortándolo con las palabras más encarecidas a la reforma según el espíritu del concilio tridentino. Junto con las visitas pastorales recomendóles sobre todo los sínodos provinciales (1). Estas asambleas debían ser de importancia principalmente para la erección de seminarios clericales (2).

Qué cualidades exigía Clemente VIII en los preladados, mostrólo al gobierno francés asimismo por el hecho de que llamó a la sede arzobispal de Aviñón uno después de otro a dos oratorianos celosos de la reforma, de la escuela de San Felipe Neri, Tarugi y Bordini (3). Por manera insuperable se expresó el Papa sobre las obligaciones de los obispos en la magnífica carta pastoral que después de restablecida la paz entre Francia y España dirigió el 20 de agosto de 1599 al episcopado francés (4). Dícese en ella, que Francia se levantaba ya de su peligrosa enfermedad, que la religión volvía a florecer, que muchos preladados velaban sobre su grey. Que como sus anteriores exhortaciones habían tenido tan buenos resultados, las renovaba en este momento favorable. Que los obispos no habían de parar nunca en su labor, sino que habían de seguir trabajando con firmeza en atención a la eterna corona que les aguardaba. Que todavía había mucho que hacer. Que Francia, que antes había sido un paraíso en el aspecto religioso, no estaba suficientemente limpia de las espinas y la cizaña de la herejía y de la corrupción, pero que esperaba un nuevo florecimiento en atención a la bondad ingénita de la nación. Que para conseguirlo, los obispos habían de procurar sobre todo elegir buenos sacerdotes y alejar toda clase de simonía. Que todo dependía de un buen clero. Que por eso sólo debían ordenarse sujetos enteramente aptos e irreprochables. Que precisamente de estos puntos habían de dar cuenta los obispos ante el tribunal de Dios. Que en especial a las regiones donde había sido restablecida la religión católica, debían

(1) V. la *carta pastoral de 17 de agosto de 1598 y el *breve del mismo día al cardenal legado Médicis en el *Arm.* 44, t. 42, n. 228 s., 230, *Archivo secreto pontificio*. También con indulgencias plenarias procuraba Clemente VIII fomentar el florecimiento de la vida religiosa; cf. Calendini, *La Confrérie du St. Sacrement de Loué-en-Champagne*, en *La Province de Maine*, XX (Le Mans, 1912), 27 ss.

(2) V. Degert, *Hist. des séminaires*, II, 69 ss. Cf. también *Rev. de l'hist. de l'Église de France*, II (1911), 35 ss.

(3) V. *Gallia christ.*, I; Capecelatro, *F. Neri*, II, 332, 334; Moroni, III 288 s., 293.

(4) *Bull.*, X, 524 s.

enviar sólo sacerdotes escogidos, acreditados no solamente por su saber y práctica, sino también por su integridad y prudencia, sacerdotes, que edificasen al pueblo con su celo, y no buscasen nada terreno, sino sólo la salvación de las almas. A continuación insta el Papa a que los obispos visiten regularmente sus diócesis y como guías de su grey vayan delante de ella brillando con su ejemplo, con el frecuente y devoto ofrecimiento del santo sacrificio de la misa y con el amor a los pobres. Afirma que era grande el trabajo, pero que era asimismo grande la recompensa. «Honrad vuestro ministerio, así clama el Papa, ayudad a la patria, alejad a los maestros de herejías, predicad y convertid a los que andan errados». Dios, dice, la autoridad del rey y del Papa estarán a vuestro lado en este intento.

Esta carta de Clemente VIII es un precioso monumento de la historia eclesiástica de aquel tiempo, tan honorífico para el Papa como apropiado para estimular el celo de los obispos franceses a desterrar los males que habían sobrevenido (1). Tampoco en lo sucesivo omitió Clemente VIII exhortaciones semejantes. Testigos de ello son sus cartas a los prelados de Toul (2) y Verdún (3) y a los obispos de la provincia eclesiástica de Burdeos (4). En el mismo sentido hizo el Papa trabajar por medio de sus nuncios (5); principalmente la observancia de la obligación de residencia traíala siempre de nuevo a la memoria. Todavía en el año 1604 pidió a Enrique IV, que le apoyase en este negocio, que era también importante para la conservación del orden civil (6).

A fines de 1604 se encargó al nuevo nuncio Mafeo Barberini, que declarase al gobierno francés, que en adelante la Santa Sede aplicaría la más rigurosa medida en la confirmación de los nombrados para sedes episcopales. Al mismo tiempo Barberini recibió la ins-

(1) V. Picot, I, 37.

(2) V. en el n.º 43 del apéndice el *breve de 30 septiembre de 1600, *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. el *breve de 18 de enero de 1602, Arm. 44, t. 46, n. 31, *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. en el n.º 46 del apéndice la *carta de 12 de julio de 1601, *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. las *cartas que Clemente VIII al enviar a J. Búffalo dirigió al cardenal Sourdis y a todos los obispos franceses, en el Arm. 44, t. 45, n. 154, 183, *Archivo secreto pontificio*. El texto de la última, de 25 de mayo de 1601, está en el n.º 45 del apéndice.

(6) V. el *breve de 20 de marzo de 1604, Arm. 44, t. 56, p. 160, *Archivo secreto pontificio*.

trucción de que trabajase de la manera más enérgica para que se publicasen los decretos del concilio de Trento en Francia, por lo que su predecesor se había afanado hasta entonces sin ningún resultado (1). De la feliz solución de este negocio, por el que se habían empeñado inútilmente cuatro Papas, dependía en efecto en gran manera el progreso y la consolidación del florecimiento de la vida eclesiástica comenzado en Francia. Con qué consecvente tenacidad tomó a pechos Clemente VIII la restauración eclesiástica en Francia, nada lo muestra mejor que el hecho de que las instrucciones que dirigió a los nuncios Silingardi, Búffalo y Barberini, inculcan siempre de nuevo casi con las mismas palabras el promover estos esfuerzos.

(1) Cf. en los núms. 53-58 del apéndice el texto de la *instrucción para Mafeo Barberini, *Archivo secreto pontificio*.